



LA EXCEPCION FRANCESA

Política exterior en Oriente Medio

Emilio MENENDEZ DEL VALLE

A pesar de que el concepto *unidad árabe* ha sido históricamente más eslogan que realidad, la política exterior occidental lo ha tenido tradicionalmente presente. Bien para oponerse, cuando —en las menos de las veces— ha podido constituir una relativa amenaza para determinados intereses (casi siempre a causa de la relativa arma que el petróleo supone), o bien para proclamar su ineficacia o práctica defunción ante la tradicional descoordinación o división de los Estados árabes.

El ejemplo más significativo en la historia reciente se dio en relación con la crisis y posterior guerra ocasionada por la invasión iraquí de Kuwait. El propio acto de agresión por parte de Irak supuso ya la transgresión de la esencia de la solidaridad árabe, en cuanto que un Estado soberano engullía a otro, soberano y hermano. El rosario de aconteci-

mientos, acciones y omisiones protagonizados por los distintos Estados árabes desde entonces hasta el final de la guerra, son suficiente muestra de las carencias —por decirlo suavemente— y debilidades de la supuesta unidad árabe.

Richard Murphy, antiguo secretario de Estado adjunto norteamericano para el

La llegada al poder de Chirac implica la reivindicación del gaullismo.

Medio Oriente, declaraba a las pocas semanas de acabada la contienda que ésta «ha marcado la ruptura extraordinaria con las proclamaciones de unidad árabe del pasado. El mundo árabe se ha dividido de tal modo que es imposible que la unidad árabe sea en el futuro automáticamente considerada la piedra angular. Cuando atacó Kuwait, Sadam Hussein abandonó toda pretensión relativa a la unidad árabe y durante los últimos días de lucha Bagdad dejó de hablar de arabismo en beneficio del nacionalismo iraquí» (1). Un año después, y habiéndose evitado la temida explosión popular generalizada en el mundo árabe-islámico, la Administración norteamericana había desahuciado la causa árabe. Según diplomáticos y expertos, las cosas se contemplaban de manera radicalmente distinta: «No creo que Washington vea ya ningún “paisaje árabe”. Vemos egipcios, vemos saudíes, libios o argelinos. Aunque se mantiene todavía una cierta apreciación del concepto solidaridad árabe, no juega ya papel alguno en nuestros cálculos. Los Estados Unidos han llegado a la conclusión de que “la calle árabe” —el poder de la opinión pública— es más un mito que una potente amenaza a los intereses norteamericanos, y que los intereses individuales de los Estados árabes, como Arabia Saudí, que necesita protección americana, o Egipto, que necesita dinero americano, transcien-

(1) «Arab unity may go down with Saddam Hussein», *International Herald Tribune*, 4-3-1991.

den en mucho cualquier noción de solidaridad árabe» (2).

Pero significativo y asombroso era que en 1991, escasos días después del término de la guerra, bajo Mitterrand, el gobierno francés pensaba lo mismo. Su ministro de Asuntos Exteriores, Roland Dumas, imprimía un giro revolucionario a la política de su país hacia el área. En una larga entrevista de *Le Monde*, no sólo declaraba que París estaba dispuesto a trabajar con Washington en la resolución conjunta del problema palestino-israelí, sino que denunciaba el enfoque adoptado por De Gaulle tras la guerra de los *Seis Días* de 1967, enfoque seguido desde entonces. Francia —aseguraba Dumas— «ha abandonado el axioma diplomático largamente mantenido de que debe perseguir políticas pro-árabes basadas en la idea de que la unidad árabe y el nacionalismo árabe constituían el futuro». Según el ministro, la política iniciada por De Gaulle «estaba basada en un doble mito: hablar de “un mundo árabe” es un mito, y hablar de “una política árabe” es otro. La política árabe del general De Gaulle consistía en una serie de ilusiones» (3).

Como veremos después, la llegada al poder de Chirac implica la reivindicación del gaullismo. En cualquier caso, en aquellos años y debido a la agresión iraquí y a la superchería de la solidaridad árabe, el mundo occidental, o mejor, Washington, pudo articular una alianza *sui generis* que comprendía a diversos países árabes, incluidos Egipto y Siria, para restablecer el *statu quo*.

Ahora bien, numerosos políticos de Occidente, sin olvidar a muchos en Washington, eran conscientes de que tal alianza

(2) «“New order” discounts Arabs», *International Herald Tribune*, 6-4-1992.

(3) *Le Monde*, 10-3-1991.

era, de alguna manera, *contra natura*, como diversas acciones posteriores de diversos gobiernos árabes aliados y la permanente agitación sociopolítica, a veces masiva, en varios de los Estados árabes de la alianza se encargaron de demostrar. De ahí que Washington estimara que —a fin de mantener cohesionada la operación durante el tiempo que durara la crisis/guerra iraquí y, sobre todo, después de que ésta terminara— era fundamental vender una idea-fuerza a los aliados árabes. Se decidió entonces que esa idea sería la de la necesaria resolución del conflicto palestino-israelí. La Conferencia de Paz de Madrid (octubre 1991), propiciada por los norteamericanos, fue el hito más importante para hacer creíble el compromiso. Desde esa fecha hasta hoy, con los trascendentales acuerdos de Oslo de 1994 por medio —asumidos, aunque no liderados, por Washington—, los EE. UU propician el acercamiento palestino-israelí, que incluye como necesario *sine qua non* la paz.

Como es sabido, en este proceso la Unión Europea ocupa políticamente un segundo plano, a pesar de ser un actor de primerísimo orden en lo que a la aportación de recursos financieros y ayuda humanitaria se refiere. En parte por esta razón y en parte porque, con la llegada de Netanyahu al poder en Israel, considera que el proceso está estancado y corre peligro de desembocar en una nueva guerra de Oriente Medio, la presidencia Chirac decide intensificar su acción exterior en la zona. De ahí que el presidente —detentador constitucional de fuertes poderes ejecutivos y que había realizado su primera visita oficial al extranjero a Marruecos en julio de 1995, dos meses después de asumir el cargo—, tras viajar a Líbano y Egipto en abril de 1996, emprenda un viaje clave a Oriente Medio en octubre del mismo año.

Chirac se mueve —con mayor o menor intensidad, con acusado protago-

***En este proceso la Unión
Europea ocupa políticamente
un segundo plano, pese a ser
un actor de primer orden.***

nismo, como es tradicional en todos los jefes de Estado desde De Gaulle— «en interés de Francia». Aun así, París ha procurado siempre contribuir a desactivar las crisis que desgarran la región. Desde 1967 ha apoyado la resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU que exige la retirada de los territorios ocupados por Israel, recordando que defiende el derecho de Israel a vivir dentro de fronteras seguras y reconocidas y el de los palestinos a constituir su propio Estado. Presidencia, Parlamento, gobierno y prácticamente toda la oposición coinciden en cuál es el interés nacional de Francia en Oriente Medio.

Describámoslo con un reciente informe de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado que afirma: «Por un lado, nuestra seguridad se halla directamente afectada por la amenaza de una desestabilización en el Mediterráneo oriental, que serviría a los intereses de los movimientos integristas, cuyas ramificaciones se extienden bastante más allá del Próximo Oriente. Por otro lado —y suponiendo que se pueda circunscribir el riesgo de la región—, tres factores decisivos justifican el interés europeo y francés:

— la densidad de las relaciones humanas y económicas que nos ligan a Israel;

— el apoyo dado por los europeos a las aspiraciones de los palestinos, y el que estamos dando hoy en favor del naci-

***París ha procurado
siempre contribuir
a desactivar las crisis
que desgarran la región.***

miento de instituciones y de una economía palestinas;

— los intereses diplomáticos tradicionales (especialmente el Líbano, en el caso de Francia)».

Del propio Informe senatorial francés cabe deducir un cuarto factor, y es el que se refiere a que Oriente Medio, si todo va bien, ha de integrarse en un próximo futuro de una manera mucho más seria en las economías europeas. (4).

Imbuido de un activismo político en lo exterior —que, por un lado, pretende eclipsar al propio Mitterrand y, por otro, reincorporar a la cultura de la política exterior francesa las hazañas de De Gaulle— Chirac realiza los dos muy importantes desplazamientos a Oriente Medio mencionados, en abril y en octubre de 1996. Los críticos de Mitterrand aprovechan esta militancia exterior de Chirac para acusar al ex presidente socialista de que «bajo su mandato, Francia se había convertido sobre todo en una *potencia del statu quo*, dejando aparte el retórico llamamiento en favor del necesario cambio en el Sur». Como contraste, la crítica anti-mitterrandista deviene elogio de Chirac, «cuya firmeza en Bosnia, que influyó en la política norteamericana, fue apo-

(4) *Israel et les territoires palestiniens: quelle paix pour l'an 2000?*, Commission des Affaires étrangères, de la défense et des forces armées, 1996-1997.

yada por la mayoría de los franceses, que lamentaban la pasividad y el cinismo de la época Mitterrand». Los mismos críticos sostienen que «Chirac quiere derribar el orden establecido y apartarse de la línea de su predecesor, tanto en temperamento como en cálculo» (5).

Aun siendo Líbano, como hemos mencionado, uno de los pilares tradicionales de la presidencia y el interés de Francia en Oriente Medio, durante el viaje de abril de 1996 Chirac elige Egipto, tras dejar Líbano, como foro de resonancia de su política exterior, que ya tiene muy claramente configurada en aquella fecha. Aunque faltan siete semanas para el 29 de mayo, fecha en que los laboristas pierden las elecciones en Israel, el presidente de Francia reclama ya entonces una mayor asociación entre Europa y los países de Oriente Medio, incluido el copatrocinio del proceso de paz, lo que habría de reiterar en Damasco el 19 de octubre. En El Cairo, Chirac comienza a decir lo que repetirá en diversas ocasiones hasta hoy: el esfuerzo financiero que la UE dedica a Oriente Medio debe ser complementado con su presencia política.

Chirac inicia igualmente en El Cairo su campaña a favor del necesario trato justo para con el Irak derrotado en la guerra del Golfo de 1991. Ha llegado la hora, dice, de que Bagdad recupere su puesto en la comunidad internacional. Todo ello haría escribir poco después a Predrag Matvejević, el autor bosnio-croata nacido en Mostar, que «en El Cairo, Chirac se convirtió en el heraldo de una política euro-mediterránea que aún está por definir» (6).

(5) Dominique Moisi, «Chirac of France. A new leader of the West?», *Foreign Affairs*, nov-dic. 1995.

(6) Predrag Matvejević, «El Mediterráneo sigue esperando a Europa», *El País*, 16-7-1996.

Simultáneamente, el presidente francés y el partido que le apoya, de clara inspiración gaullista, comienzan a insertar en la política exterior propósitos y motivos del glorificado general. Se sugiere que París puede ayudar a sus amigos —el mundo árabe, África, China— por el mero hecho de intentar equilibrar el enorme peso de los Estados Unidos en las relaciones internacionales. Y, además, en algunas ocasiones, se ofrece ayuda para casos concretos en los que Washington, en vena aislacionista, no la quiere prestar, o al menos eso se sostiene. Así, Chirac anuncia en El Cairo que Francia intenta jugar un papel más activo en Oriente Medio con el objetivo de evitar que el área se convierta en dominio reservado de los EE. UU. (7). Ello no puede sino recordar al objetivo estratégico del general De Gaulle en los años sesenta de resistir ante la masiva y agobiante presencia norteamericana en el mundo. Sin oposición activa —pensaba De Gaulle y probablemente piensa el neogaullista Chirac—, la arrogancia *yanqui* sería insoportable. Cuando Clinton proclama en octubre de 1996 (y de ello se hace eco Israel casi cotidianamente) que Washington no quiere interferencias europeas en el proceso de paz de Oriente Medio, se está refiriendo al presidente francés —e indirectamente a la UE— que se ha erigido en gran interferencia y se autoproclama como tal. En su postura de clara disonancia con el «amigo americano», Chirac tiene numerosos apoyos en la sociedad francesa, en la derecha y en la izquierda, incluido el sostén editorial de *Le Monde*, que, en las mismas fechas en que se pronunciaba el presidente norteamericano, escribía: «Para los EE. UU, la situación es extremadamente simple: el Oriente Medio es una reserva privada, un complejo campo

(7) «Paris's Mideast scorecard is mixed. Shuttle diplomacy pleases Arabs but not Israel and the EU», *International Herald Tribune*, 18-4-1996.

Presidencia, Parlamento, gobierno y oposición coinciden en cuál es el interés de Francia en Oriente Medio.

de intereses económicos, petroleros, políticos y militares, donde sólo ellos han llevado a cabo suficientes alianzas en uno y otro lado (el árabe y el israelí) como para ser el único interlocutor de las partes en conflicto» (8).

Pero Chirac lo tiene claro y se dirige a los estudiantes de la Universidad de El Cairo así: «La política árabe de Francia debe constituir una dimensión esencial de su política exterior. Yo quiero darle un nuevo impulso, siendo fiel a las orientaciones que su iniciador, el general De Gaulle, deseaba» (9).

A los pocos días de regresar a París de su periplo egipcio-libanés, Chirac tiene la ocasión de impulsar nuevamente su política medio-oriental. Israel se lo ha puesto fácil con la operación militar *Uvas de la ira* dirigida contra las bases que los islamitas pro-iraníes libaneses tienen en el Sur del país que Tel Aviv bombardea masivamente. El enfrentamiento entre Israel y Hezbolá se prolonga. El ministro francés de Asuntos Exteriores, Hervé de Charette, viaja a Líbano y Siria y después a Israel, donde mantiene tensas conversaciones con su homólogo judío, al tiempo que el primer ministro galo, Juppé, manifiesta ante la Asamblea Nacional en París que, con los

(8) *Le Monde*, 17-18, 1996.

(9) «Le gaullisme politique de l'Europe», *Le Dossier Euroarabe*, Centre d'Etudes Euroarabes, Paris, dic. 1996.

El esfuerzo financiero que la UE dedica a Oriente Medio debe ser complementado con su presencia política.

bombardeos, Israel ha convertido en rehenes a cientos de miles de libaneses que han debido abandonar sus hogares en dirección Norte. Juppé califica la acción israelí de «inadmisible». La veloz iniciativa francesa se gana el favor y el fervor árabes, la enemistad de los EE. UU. y la crítica de la UE. Por cierto, el Elíseo se pone en marcha sin cambiar impresiones con la *troika* comunitaria, en aquellas fechas integrada por España, Italia e Irlanda. Pretextos para no hacerlo no le faltan. Felipe González, que en el segundo semestre de 1995 había llevado adelante una presidencia comunitaria ejemplarmente activa, elogiada por muchos, se halla, en los meses que nos ocupan, presidiendo un gobierno en funciones, recién ganadas las elecciones por el Partido Popular, al tiempo que la presidencia italiana de turno es tachada, también por muchos, de «ineficaz».

La siguiente andanada de esta *sui generis*, corsaria, política exterior sería lanzada por Chirac en el otoño de 1996, cuando visita Siria, Israel, Palestina, Jordania, Líbano y Egipto, lo que supone el más importante y controvertido movimiento hasta la fecha. Las manifestaciones políticas y diplomáticas de mayor peso tienen lugar en Damasco y Jerusalén, no sólo por lo que a las autoridades judías espeta Chirac en esta última capital, sino también por el famoso enfrentamiento que protagoniza el palestino *de facto* Jerusalén Este con la seguridad israelí (que, simultáneamente, le protege y

bloquea su libertad de movimientos), y que tiene una repercusión política —obviamente buscada— *urbi et orbi*, esto es, en la urbe y en el orbe... musulmanes, aunque no sólo en ellos.

Inmediatamente antes de desplazarse a Israel, Chirac llega a Damasco, donde es recibido como un héroe. En conferencia conjunta con el presidente sirio (20-10-1996) señala que existe coincidencia entre ambos sobre los principios y requisitos necesarios para lograr la paz en la zona. Repitiendo argumentos —pero también profundizándolos— que ha venido esgrimiendo en los últimos meses, insiste en que Europa debe unirse a EE. UU. en el copatrocinio de las negociaciones árabe-israelíes. Europa debe contribuir con propuestas, no únicamente en cuanto socio para la reconstrucción del área. En definitiva, sostiene Chirac, «tenemos razones válidas para estar implicados y, sin duda, un cierto equilibrio de las cosas justifica la presencia de Europa y de Francia» (10).

La próxima etapa es Israel, donde amplios sectores políticos y de opinión pública le esperan con los cuchillos —cuando menos dialécticos— afilados, a causa de su política, que estiman parcialmente pro-árabe, y por sus declaraciones de Damasco. Pero Chirac no sólo se expresó contundentemente en la capital siria. Lo hizo también en el Estado judío, donde se convirtió en el único gobernante occidental hasta la fecha que ha reformulado tesis que son rechazadas de plano por Netanyahu. Afirma allí que sus conversaciones con Assad le habían persuadido de que aquel país quiere realmente la paz, por lo que, para obtenerla, Israel ha de devolver a Siria los Altos del Golán, a cambio de un reconocimiento pleno, ga-

(10) «Seeking role, Chirac ruffles Israeli feathers», *International Herald Tribune*, 21-10-1996.

rantías de seguridad y relaciones normales. Pero, además, «un Estado palestino reconocido proveerá a Israel de un auténtico socio. Y sólo un socio tal será capaz de realizar y adherirse a los compromisos que sean necesarios para la seguridad de Israel» (11). Durante su estancia, el presidente de Francia deja claro cuál es, en su opinión, el precio de la seguridad, a saber: necesario establecimiento de un Estado palestino; un acuerdo equilibrado sobre el estatuto definitivo de Jerusalén; la suerte de los centenares de miles de refugiados palestinos y el futuro de los asentamientos o colonias judías en territorio palestino.

Es demasiado fuerte para ser digerido en su propia casa por la derecha israelí. El presidente del Parlamento, Dan Tichon, y el de la Comisión de Asuntos Exteriores del mismo, Uzi Landau, boicotean una recepción oficial en honor del presidente de Francia y el *Jerusalem Post*, el diario en lengua inglesa que normalmente es vehículo de expresión de la derecha, editoria- liza el 21 de octubre: «Chirac es un aspirante a mediador con prejuicios, con un apoyo servil a los Estados más terroristas de la región. Si alguna vez hubo un Estado que se descalifica a sí mismo en cuanto árbitro honesto, ese Estado es Francia, que sigue siendo parte interesada y como tal no tiene cabida en las conversaciones de paz».

Dentro de la jurisdicción de la Autonomía palestina —donde repite las tesis paz/seguridad expuestas en Israel— Chirac es popularmente aclamado y condecorado por Arafat con la Medalla Palestina del Honor. En el resto de su periplo reitera sus argumentaciones: paz y cooperación en Oriente Medio y en el Mediterráneo. Pero introduce una nueva, aunque

(11) «“Without a Palestine, no peace”, Chirac says», *International Herald Tribune*, 22-10-1996.

con antecedentes formulados desde París. En Amán insiste en que es urgente ampliar a Irak la fórmula «petróleo por alimentos», aprobada por la ONU para evitar el hambre de este país desarticulado por la guerra. Defiende su integridad territorial y recuerda que no existe resolución alguna de Naciones Unidas que prohíba a Bagdad desplazar tropas por tierra al Norte de su propio país. Con ello exhibe una vez más el distanciamiento con los EE. UU., no sólo en la política de bloqueo de éstos contra aquél, sino también en el tema de los bombardeos que Washington llevó a cabo en septiembre de 1996 contra el norte iraquí. Después de todo, antes de la guerra, París era un interlocutor político y un socio comercial privilegiado de Bagdad. Y además los franceses han considerado siempre al país del Tigris y el Eúfrates (al igual que todo Occidente durante la guerra irano-iraquí de los años ochenta) un bastión contra el fundamentalismo islámico, extremo que, como hemos mencionado, constituye uno de los pilares clave de la política exterior de Francia en el Medio Oriente y en el Mediterráneo.

Algunas conclusiones

Todos los Estados (también Francia) actúan en las relaciones internacionales sobre todo, aunque no únicamente, por interés nacional. Pero el grado de decencia y moral con que complementen la tarea es digno de resaltar y de agradecer.

***En algunas ocasiones
se ofrece ayuda para casos
concretos en los que Washington
no la quiere prestar.***

***En su postura de clara disonancia
con el «amigo americano»,
Chirac tiene numerosos apoyos
en la sociedad francesa.***

El comportamiento francés en el Oriente Medio, que hemos resaltado, es de agradecer.

Por otro lado, París ha querido (y sabido) vender globalmente la idea de que —aunque todos tengan intereses comerciales— Francia tiene amigos en el Tercer Mundo, de los árabes a China. Por relativo que ello sea, no todos pueden decir lo mismo. Ello, por ejemplo, no es predicable de Londres o Washington.

Independientemente del relativo grado de posible hipocresía gubernamental que tal venta pueda suponer —sea mérito de la sociedad francesa o de algunos de sus colectivos más dinámicos y sensibles—, el hecho es que amplios sectores de la opinión pública árabe reconocen el papel —al menos en parte— pro-árabe de Francia. Obviamente, con sus polémicas visitas, Chirac ha ganado favor y admiración entre los árabes y, como escribe Jean Daniel, «ha comprendido que no por ser mal recibido en Israel debía renunciar a su viaje, sino que debido a ello podía lograr que en todos los países árabes se gritara “Viva Francia”» (12).

En cualquier caso, Francia no esconde que sus propósitos consisten en influir en los acontecimientos políticos mundiales y en combatir las guerras comerciales que haga falta allí donde sus intereses se ha-

(12) Jean Daniel: «El nuevo Jacques en Arabia», *El País*, 1-11-1996.

llen afectados. Así lo han formulado en más de una ocasión diversos funcionarios (13). Pero, además, con todo ello París ha logrado convencer a muy amplios sectores de opinión en el Tercer Mundo, y a no pocos en el Primero, de que su estrategia ayuda a contrarrestar el inmenso poderío norteamericano.

No cabe duda de que existe una rivalidad, en parte cultural/civilizatoria, y en parte política y comercial, entre Francia y EE. UU. Y ello desde el nacimiento de los propios Estados Unidos, cuya Declaración de Independencia de 1776 y la francesa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano bebieron ideológicamente en las mismas fuentes de la época. William Pfaff, el norteamericano afincado en París y buen conocedor de las sensibilidades galas, escribe que «siempre ha habido rivalidad entre los dos países en las relaciones internacionales, derivada de su pretensión de haber sido creadores del mundo moderno y modelo para otros, que ambos sostienen» (14).

Por su cuenta, M. A. Bastenier señala que «Chirac recuerda ahora que existen lazos sentimentales, culturales e históricos con América Latina (Bastenier comenta la gira del presidente francés por América, llevada a cabo en la primavera de 1997, también con fuerte propósito y espíritu competitivos con EE. UU.). Esos lazos existen. Los liceos de la mayoría de las capitales latinoamericanas, aunque ya con desventaja sobre las *american schools*, retienen un cierto prestigio *chic*, un refinamiento quizá ausente de las instituciones de *management* diverso... En Colombia

(13) «Chirac expands on tradition to lay out France's global ambitions» *International Herald Tribune*, 10-4-1996.

(14) William Pfaff: «In France, doubt about Europe's ability to match America», *International Herald Tribune*, 7-1-1997.

hay quien opone la línea Samper, dicen que afrancesada y socialdemócrata, al neoliberalismo pronorteamericano de su antecesor Gaviria» (15).

En esta competencia político-civilizatoria sin cuartel, Francia se halla preocupada por el retroceso de la cultura y lengua francesas en el mundo ante el inmisericorde avance de la lengua y cultura anglosajonas. Ello se traduce en serio desasosiego cuando —en otra de las áreas de confrontación con el «amigo americano», Africa occidental y central, de tradicional influencia gala y feudo de la francofonía— París comprueba que victoriosos líderes guerrilleros o políticos, aculturados en Uganda, se han pasado al inglés. Es el caso del «martillo» de Mobutu, Laurent Kabila, o de Paul Kagame, vicepresidente de Ruanda. Por si fuera poco, grandes compañías mineras surafricanas (como la Anglo American Corporation, Gold Fields o Angloval) están haciendo sustanciales inversiones en la ex Africa occidental francesa.

Con su comportamiento exterior, París parece convencido de que podrá volver a establecer la política autónoma y diferenciada hacia Oriente Medio mantenida hasta la toma de partido de Mitterrand por Washington en la guerra del Golfo. Está por ver si, de seguir en esa línea, Francia dispondrá de los suficientes recursos financieros para convertirla en permanente. Es obvio que una política exterior de esa naturaleza puede hacerse sólo si el PIB y los recursos materiales a ella dedicados lo permiten. Finalmente, cabe la duda de si la excepción que comentamos persigue la mayor gloria (legítima) de Francia o puede, además, servir para potenciar la política exterior de la Unión Europea.

(15) M. A. Bastenier: «Hacer “un De Gaulle”», *El País*, 16-3-1997.

***La iniciativa francesa se gana
el favor y fervor de los árabes,
la enemistad de EE. UU.
y la crítica de la UE.***

Pero tal política, propiamente hablando, no existe todavía.

En todo caso, Chirac deberá demostrarnos en el futuro que su estrategia tiene visos de permanencia. Se le ha calificado como «Jacques de Arabia», y a más de un presidente de la V República se le han atribuido rasgos napoleónicos. No está de más recordar la relación de Napoleón con el mundo árabe-islámico. En 1798 el gran corso desembarca en Egipto con una expedición militar y científica pues, aparte de soldados, lleva consigo una biblioteca de literatura europea moderna, un laboratorio y una imprenta. Se trata de la primera imprenta que conoce Egipto. Napoleón la había confiscado en Roma, donde era usada para imprimir los textos religiosos en árabe destinados a los cristianos sirios.

Aunque el objetivo de la expedición napoleónica era bloquear la ruta de Inglaterra hacia la India, el impacto que ocasionó en la vida política y cultural de la zona fue tremendo, al oponer al despotismo islámico-teocrático de mamelucos y otomanos los principios revolucionarios de igualdad, libertad y fraternidad. Constituyó, como escribe Tibi, «el comienzo de un extenso proceso de aculturación entre el Este y el Oeste durante el cual la moderna cultura europea fue absorbida y en el que surgieron los primeros signos de un movimiento nacional en Oriente Medio, particularmente apoyado por intelectuales árabes educados en Occidente, que manifestaban el deseo de los árabes de li-

berarse de la dominación extranjera» (16). Hans Henle opina que Napoleón «despertó a los príncipes orientales de su sueño milenario» (17).

Pero lo sorprendente de esta breve aventura francesa es el marco y el método de que se sirve Napoleón. ¿Habilidad política o cinismo? ¿Dominio de las técnicas de la propaganda o sincera convicción de que el Islam posee facetas dignas de ser tenidas en cuenta? El caso es que la primera proclama que emite el caudillo se lee en árabe y se distribuye escrita en árabe. Y en ella se afirma que la misión de Francia es no sólo liquidar el régimen corrupto mame-luco-otomano sino también revitalizar el Islam. La proclama comienza nada menos que invocando a Dios, el Compasivo, el Misericordioso. Tras ello, afirma: «En nombre de la República francesa, fundada en la libertad y en la igualdad, Bonaparte, comandante en jefe de las fuerzas francesas, informa a toda la población de Egipto: los mamelucos, que vinieron del Cáucaso y de Georgia, han estado corrompiendo a la mejor región de todo el mundo, pero Dios, omnipotente, Señor del universo, ha ordenado la destrucción de su Estado. Se os ha dicho que he venido a destruir vuestra religión. Es mentira. He venido a rescataros de los opresores. Adoro a Dios más que los mamelucos y respeto a su profeta y el glorioso Corán. Jeques, jueces e imanes, funcionarios y notables de esta tierra: decid a vuestro pueblo que los franceses son también musulmanes sinceros. Prueba de ello es que han ocupado Roma y arruinado la sede del Papa, que siempre ha animado a los cristianos a atacar al Islam. Han ido también a Malta, de donde

(16) Bassam Tibi: *Arab Nationalism. A critical enquiry*, segunda edición, Macmillan Press, Londres 1990, pág. 80.

(17) Hans Henle: *Der neue Nahe Osten*, Hamburgo, 1996, pág. 19. Citado por Tibi, *op. cit.*, pág. 80.

**Chirac se convirtió
en el único gobernante occidental
que formuló tesis
rechazadas por Netanyahu.**

han expulsado a los Caballeros de Malta, quienes se preciaban de proclamar que Dios deseaba que combatieran a los musulmanes. Los franceses han sido siempre amigos del sultán otomano y enemigos de sus enemigos» (18).

El recuerdo napoleónico, aparte de original, es calificable cuando menos de insólito y desde luego ilustrativo de su habilidad política. Karen Armstrong dice que, después de la proclama y tras haber discutido con sesenta jeques de la Universidad de Al Azhar sobre el *Mahoma* de Voltaire, «nadie tomó a Napoleón muy en serio en cuanto musulmán, pero su simpática comprensión del Islam atenuó en cierto modo la hostilidad de la gente» (19).

Es Hourani, sin embargo, quien rompe la mejor lanza en favor de la iniciativa napoleónica, ya que —según él— «no se trataba simplemente de lo que el mundo moderno denominaría “propaganda”. En cuanto hijo

(18) El texto completo lo reproduce Ibrahim Abu Lughod en *The Arab rediscovery of Europe: a study in cultural encounters*, Princeton, 1963, págs. 13-16. Incompleto en Albert Hourani, *Arabic thought in the liberal age: 1798-1939*, Cambridge, 1983, p. 50, que lo toma del historiador Al Jaratti (1756-1825). Hourani nos informa de que existen dos traducciones sobre la obra de éste: *Journal d'un notable du Caire durante l'expédition française*, Paris, 1979 y *Al Jabarti's chronicle of the first seven months of the French occupation of Egypt*, Leiden, 1975 (Hourani, *op. cit.* pág. 392).

(19) Karen Armstrong: *Muhammad. A Eastern attempt to understand Islam*, Victor Gollancz Ltd., Londres, 1991, pág. 38.

de la Ilustración francesa, Napoleón pudo muy bien haber considerado que el Islam estaba más próximo que el cristianismo a la religión de la razón. Y además mantuvo hasta el final de sus días un vivo interés por la religión de Mahoma» (20).

En todo caso, el trauma de la invasión napoleónica tuvo como resultado el abandono progresivo del estancamiento propio de la época otomana. Tras ella, los árabes comenzaron a percatarse de que el mundo en que vivían era una imagen distorsionada

(20) Hourani, *op. cit.*

del mundo real. Así, a mediados o a finales del siglo en que Napoleón fue expulsado de Egipto a bordo de naves inglesas, surgieron intelectuales que agitaron las aguas paralizadas de la cultura islámica.

Aun sin necesariamente tener que esperar de la era Chirac en relaciones exteriores efectos tan contundentes como el despertar causado por la aventura medio-oriental de Napoleón, auguremos que su estrategia hacia un área del mundo que padece una de las injusticias más patentes de la época contemporánea contribuya a la erradicación de la misma.